

Un artista eminente EL DIRECTOR DE LA "SCHOLA CANTORUM" DE COMILLAS

EL padre José Ignacio Prieto, de la Compañía de Jesús, está pasando unos días en Berlín, y pronto—porque quiere perfeccionar su alemán—saldrá para el retiro de los lagos de Pyritz, en Pomerania. No tenía yo en España noticia alguna de la existencia de este músico. Cuando me dijo que era el director de la Schola Cantorum del Seminario Pontificio de Comillas, en Santander, el sucesor de otro gran músico, viejo amigo mío, el padre Nemesio Otaño, entré en el acto en su amistad. Me bastó, además, evocar ante él aquellos lejanos días del año 1917, cuando el Seminario de Comillas celebró con solemnidad nunca olvidada las bodas de plata de su fundación. Fué bien poco antes de la tremenda revuelta en que otro Prieto atizaba, como suele decirse, el fuego de una hoguera que a los pocos años tanto había de quemar... ¡1917!...

En Comillas estaba yo durante las fiestas: los marqueses, patronos de la fundación; el

nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi; el hoy cardenal Segura, primer prelado comillense, y entonces obispo auxiliar de Valladolid; el padre Otaño, al frente de su Schola; los miles de antiguos alumnos de la Restitución...

Eramos allí solamente dos periodistas: don Rufino Blanco, director de *El Universo*, y yo. Juntos escuchábamos arrobados los coros de la Schola; juntos en los cultos solemnes y en los grandes actos públicos. Mi cuarto—viví allí encantadamente cuatro días—daba al mar, aquel Cantábrico, bravo cuando quiere y el más dulce y plácido cuando se le antoja. Desde la altura del Seminario, como de castillo roquero donde se yergue la mole claustro-palatina, era delicioso—no lo olvidaré jamás—, en cualquiera de los dos crepúsculos del día, atalayar mar y tierras de la Montaña; y llenos los ojos—los del alma también—de la grandeza suave del paisaje perediano y de la magnitud fuerte de la marina cántabra, sumergirse lue-



EL REVERENDO PADRE JOSÉ
IGNACIO PRIETO, VIRTUOSO
JESUITA Y DIRECTOR DE LA
"SCHOLA CANTORUM" DE CO-
MILLAS

go en aquel otro océano melódico de la *Schola*, con el padre Otaño al frente, alto, ceremoniosamente inquieto y sonriente siempre tras de sus lentes movibles...

Este padre José Ignacio Prieto es un asturiano, un gijonés, menudo y moreno como la "Santina" de Covadonga, riente y abierto, delgado y artista.

—Comillas—me dice—continúa como cuando usted la vió. El Seminario es la colmena de siempre. Y el de siempre el mar, y las de siempre las tierras. Belleza y verdad no cambian.

Sin ser hijo de músicos, el padre Prieto pertenece, por sus hermanos, a una familia de músicos. Ingresado a los quince años en la Compañía de Jesús, en ella encuentra—ella, la gran modeladora, perfeccionadora de hombres—sus dos vocaciones aguardándole: la religiosa, la musical. Los Conservatorios de Madrid y Bilbao; tres años en Barcelona adiestran al músico nato. Organista en Loyola, va por fin a su retiro de Comillas, y desde 1924 sucede al padre Otaño. Ya, desde 1930, no interrumpe su labor directorial. La *Schola Cantorum* de hoy es obra toda suya.

El compositor aparece pronto. De su primera época datan sencillas composiciones religiosas orientadas hacia ese tipo moderno francés, inspirado en Debussy. Más tarde le absorbe la *Schola* con sus centenares de voces. Hay que mantener el tono de este grupo selecto, creado en 1903, antes del *Motu proprio* de Pío X; conservar la herencia preciosa del padre Otaño, enseñar música a todos los seminaristas, enseñar francés, dirigir a once profesores subalternos, viajar musicalmente por el extranjero, asistir a Congresos, colaborar en revistas, componer, estudiar... Esta vida del jesuita, toda actividad metódica, incansable, en todos los órdenes del saber y del crear.

Y así, es la asistencia en Francia, en Bélgica, en Holanda, en Alemania, a los acontecimientos artísticos de música sacra, al Congreso Internacional de Aquisgrán (como representante de España), el contribuir a la gran cultura musical en "Ritmo" y "Tesoro Sacro-Musical", de Madrid; en "España Sacro-Musical", de Barcelona; en "Música Sacra", de Malinas; "Gregoriusblatt", de Aquisgrán-Dusseldorf; en "Le Courier Musical", de París... Tiempo de labor intensa, de artista, de escritor, de profesor, de director de una masa coral...

—Trabajo cuanto puedo—me dice—, y con creciente entusiasmo. Parece como si Dios duplicara y a veces triplicara la duración de mis horas.

—¿Y aún, tras de todo ello, aún tiene usted solaz para componer?

—¡Claro...! Todo es cuestión de orden, de voluntad. Y de vocación. En la Compañía tengo el clima favorable para las dos con que Dios me llamó. Compongo bas-



tante, en efecto. Y ¿sabe usted dónde? Me ha evocado usted Comillas. Usted bajaría a nuestra playa, ancha, profunda, tranquila al pie de la eminencia "castellana" del Seminario. Bajo por los senderos. Me acosto a la sombra de los peñascos, me recuesto en uno de ellos, sobre la piedra bruñida por la caricia o corroída por la garra del oleaje. Y escucho el mar. Y escribo, escribo...

—¿Siempre música religiosa?

—No; también profana. Una y otra—he editado poca—andan desparramadas por las revistas. Tengo algunos poemas corales, unas canciones burgalesas, de salón, tal cual *lied*.

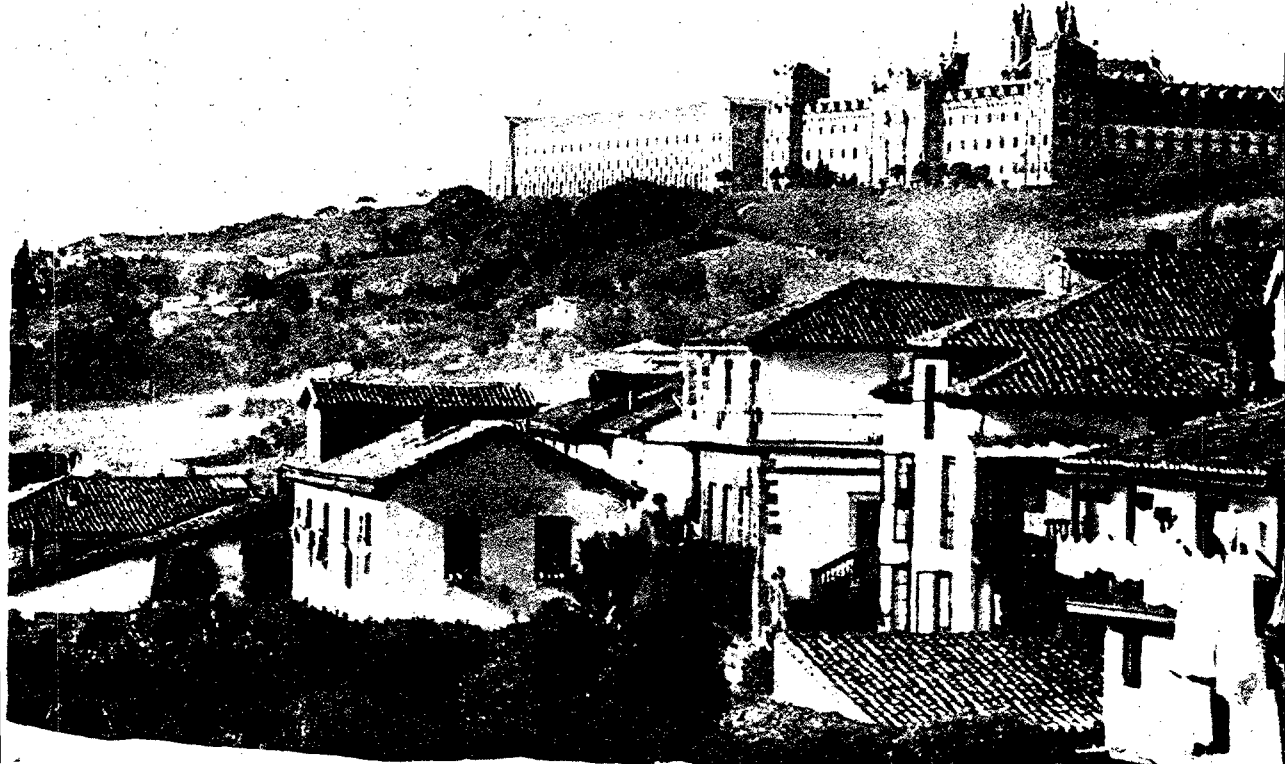
—¿Y ahora?

—Ahora he venido a "hacer" alemán. Le necesito mucho, para mis lecturas, para mis relaciones musicales. Mi última obra, ni editada ni orquestada, es de gran volumen. El día de Santa Cecilia la cantó la *Schola* en Comillas, con acompañamiento de dos pianos y órgano, en 1933. Es una obra extensa, un prólogo y cuatro tiempos: *Las hogueras de San Juan*. Toda ella compuesta en nuestra playa comillense. Un poema coral y orquestal.

—¿...?

—El padre Otaño la calificó de novedad. La letra es de mi compañero, profesor de Literatura, el padre Augurio Salgado. El guión literario que seguí es muy sencillo. Para mí se trata de una obra más bien impresionista, donde he procurado poner mucho colorido y donde acentué los ritmos de la danza.

El prólogo, naturalmente, entrada en la fiesta, pasa bruscamente de la calma anterior al bullicio clásico de las hogueras. Estalla la fiesta musicalmente, sin transición, al chisporroteo temáticamente interpretado del fuego. La danza se hace de momento



"DESDE LA ALTURA DEL SEMINARIO DE COMILLAS, COMO DE CASTILLO ROQUERO DONDE SE YERQUE LA MOLE CLAUSTRO-PALATINA..."

un momento más—¿cómo lo diré?—endiablada. El prólogo termina.

El toque de vísperas inicia el primer tiempo. Descripción de la fiesta. Desarrollo de un tema ya iniciado, el de la hoguera. Voy intercalando episodios de danzas, de gritos, de sustos, de saltos, de carreras y de risas de muchachos y de niños. La danza se generaliza. Llego al segundo tiempo.

Un nocturno. Las hogueras esplenden. Pronto se consumen. Los bulliciosos, poco a poco, van retirándose. La hoguera baja, baja. Sólo quedan alrededor de ella—brasas que parpadean, cenizas que van helándose—los mayores, los viejos, que hablan mansamente, recordando la juventud pasada, las danzas pasadas, los tiempos sin duda mejores. Ya cesó toda danza. Ya todo es sentimental, el sentimiento dulce o amargamente triste de lo que se fué para no volver.

En el tercer tiempo aparece la "mañana de San Juan". Aurora, rocío; más luz, alegría, esperanza, cielo claro, flores, cantares. Alegre algarabía del pueblo hacia la Iglesia. La fiesta religiosa. Tras ella, la salida, en *allegro* vivo, optimista, en tono de *do mayor*. Varío y combino cuanto puedo los ritmos y los entrelazo a un tiempo sobre el fondo rector del tema fundamental. El poema termina recogiendo los recuerdos de la fiesta, el fin de fiesta, siempre autor de fatigas, displicencias, *nonchalances*... Las hogueras ni ahuman. La vida continúa...

El lector, con la sola sugestión literaria, tiene por ahora bastante, si en efecto es

sensible y comprende y siente las posibilidades de la expresión musical, para imaginar, ya que aún no sea posible oírlo, qué podrá ser este poema para coros y orquesta.

Tal vez las hogueras del próximo San Juan, permitan escuchar esta hoguera musical del director de la *Schola Cantorum* de Comillas... No lo sé a punto fijo. El padre Prieto me habla ya del Seminario Pontificio como maestro; de aquel pequeño Conservatorio, de la enseñanza obligatoria de la música para todos los alumnos, de cómo va seleccionándose la *élite* de voces para la *Schola*. Oscila el número de cantantes entre 100 y 170. La *Schola* da dos grandes audiciones al año—una de ellas la de Carnaval, radiada en España en 1935—, y otras de gran música religiosa y profana, extraída del copioso archivo comillense.

Pregunto al P. Prieto:

—¿Quiere usted decirme algo de sus impresiones musicales de Alemania?

—¿No hemos charlado hoy bastante?—me responde—. "Quédese para mañana", como en *La Cena* de Baltasar de Alcázar.

Accedo. Los lectores de BLANCO Y NEGRO aguardarán benévolos, conmigo, hasta un número próximo.

Eusebio Zuloaga.